



*La*  
**ÚLTIMA  
CANCIÓN**  
**NICHOLAS SPARKS**

Por el autor de *El cuaderno de Noah* y *Noches de tormenta*.  
La novela de la película protagonizada por Miley Cyrus.

# La última canción



# La última canción

Nicholas Sparks

Traducción de Iolanda Rabascall

**Rocaeditorial**

Título original inglés: *The Last Song*  
© 2009, Nicholas Sparks

Primera edición: febrero de 2010

© de la traducción: Iolanda Rabascall  
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.  
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.  
08003 Barcelona.  
info@rocaeditorial.com  
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.  
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-051-9  
Depósito legal: M. 50.815-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Theresa Park y Greg Irikura,  
mis amigos

## Prólogo

*Ronnie*

Con la vista fija en la ventana de la habitación, Ronnie se preguntó si el reverendo Harris ya habría llegado a la iglesia. Seguramente sí. Y mientras seguía contemplando las olas estrellarse a lo largo de la playa, se preguntó si él todavía sería capaz de apreciar los reflejos de la luz que se filtraba a través del vitral, por encima de su cabeza. Quizá no; después de todo, hacía más de un mes que habían colocado el vitral, y probablemente estaba demasiado ocupado en otros quehaceres para seguir apreciando aquel matiz. Sin embargo, anheló que alguna persona nueva en la localidad entrara por casualidad en la iglesia aquella mañana y tuviera la misma sensación maravillosa que ella experimentó la primera vez que vio cómo la luz inundaba toda la iglesia en aquel frío día de diciembre. Y también deseó que el visitante dedicara unos minutos a considerar de dónde había salido aquel vitral y a admirar su belleza.

Llevaba una hora despierta, pero aún no se sentía lista para enfrentarse al nuevo día. Aquel año, las vacaciones se le antojaban distintas. El día previo, había salido a pasear un rato por la playa con Jonah, su hermano pequeño. En muchas terrazas de las casas por las que habían pasado, había árboles de Navidad. En aquella época del año, prácticamente disponían de la playa para ellos solos, pero Jonah no había mostrado ningún interés ni en las olas ni en las gaviotas que tanto lo habían fascinado apenas unos meses antes. En lugar de eso, le había pedido ir al taller; ella lo acompañó, aunque el

chico apenas permaneció unos minutos antes de salir sin decir ni una sola palabra.

A su lado, sobre la repisa de la cabecera de la cama, sobresalía el rimero de fotografías que habían estado enmarcadas en la salita, junto con otros objetos que había recogido aquella mañana. En el silencio reinante, estudió los objetos detenidamente hasta que unos golpes en la puerta la sacaron de su ensimismamiento. Su madre asomó la cabeza.

—¿Te apetece desayunar? He encontrado una caja de cereales en el armario.

—No tengo hambre, mamá.

—Tienes que comer, cielo.

Ronnie continuó con la vista fija y perdida en la pila de fotos.

—Me equivoqué, mamá. Y ahora no sé qué hacer.

—¿Te refieres a papá?

—A todo en general.

—¿Quieres que hablemos de ello?

10

Al ver que Ronnie no contestaba, su madre atravesó el umbral y se sentó en la cama, a su lado.

—A veces es bueno desahogarse. Has estado muy callada durante los últimos dos días.

Por un instante, Ronnie se sintió abordada por un cúmulo de recuerdos: el incendio y la posterior reconstrucción de la iglesia, el vitral, la canción que finalmente había conseguido terminar. Pensó en Blaze, en Scott y en Marcus. Pensó en Will. Recordaba aquel verano en que había cumplido dieciocho años, el verano en que la habían traicionado, el verano en que la habían arrestado, el verano en que se había enamorado. No había pasado tanto tiempo; sin embargo, a veces tenía la impresión de que en aquella época ella era una persona completamente distinta.

Ronnie suspiró.

—¿Y Jonah?

—Brian se lo ha llevado a la zapatería. Es como un cachorrillo, ¿sabes? Sus pies crecen más deprisa que el resto de su cuerpo.

Ronnie sonrió, pero su sonrisa se desvaneció con la misma celeridad con que se había formado. En el silencio que la envolvió a continuación, notó que su madre le sujetaba suavemente la larga melena y se la recogía en una holgada cola de caballo. Hacía eso desde que ella era pequeña; sin saber por qué, el gesto le seguía pareciendo reconfortante, aunque nunca lo admitiría, por supuesto.

—Mira, ¿qué te parece si hablamos mientras preparamos el equipaje? —sugirió su madre. Se dirigió al ropero y puso la maleta sobre la cama.

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

—¿Qué tal si empiezas por el principio? Jonah mencionó algo sobre unas tortugas marinas.

Ronnie cruzó los brazos encima del pecho, completamente segura de que su historia no empezaba en aquel punto.

—No exactamente —repuso—. A pesar de que no estaba allí cuando sucedió, creo que el verano realmente empezó con el incendio.

—¿Qué incendio?

Ronnie asió la pila de fotografías que reposaban sobre la cabecera de la cama y, con mucho cuidado, cogió un deteriorado artículo de un periódico prensado entre dos fotos enmarcadas. Alargó la amarillenta hoja impresa a su madre y dijo:

—Este incendio. El de la iglesia.

UN PETARDO ILEGAL, POSIBLE CAUSA  
DEL INCENDIO QUE ARRASÓ LA IGLESIA.  
PÁRROCO HOSPITALIZADO

Wrightsville Beach, Carolina del Norte. Un incendio arrasó la histórica primera iglesia bautista de la localidad en Nochevieja; las investigaciones apuntan a un petardo ilegal como posible causa.

Los bomberos recibieron una llamada anónima justo después de la medianoche y rápidamente se trasladaron a la iglesia, situada en primera línea de la playa. Según Tim Ryan, el jefe de la Brigada Contra Incendios de Wrightsville Beach: «Cuando llegamos vimos llamas y una espesa humareda en la parte posterior de la estruc-

tura». En el punto donde se originó el incendio, hallaron restos de un petardo de los denominados cohetes de botella.

El reverendo Charlie Harris se hallaba dentro de la iglesia cuando se propagó el incendio y sufrió quemaduras de segundo grado en los brazos y las manos. Inmediatamente fue trasladado al Centro Médico Provincial New Hanover, donde permanece ingresado en la Unidad de Cuidados Intensivos.

Éste ha sido el segundo incendio en una iglesia en el condado de New Hanover en los últimos meses. En noviembre, otra iglesia evangélica en Wilmington también fue pasto de las llamas. «La investigación sigue abierta, pues se sospecha que se trata de una cadena de incendios provocados», explica Ryan.

Según varios testigos, unos veinte minutos antes del incendio alguien estaba lanzando cohetes de botella en la playa justo detrás de la iglesia para celebrar la llegada del Año Nuevo. «En Carolina del Norte estos petardos son ilegales, y son especialmente peligrosos ahora, a causa de la fuerte sequía que eleva el riesgo de incendios —advierte Ryan—. Este incendio es la prueba. Un hombre está hospitalizado, y la iglesia ha quedado absolutamente destruida.»

12

Cuando su madre acabó de leer el artículo, alzó la vista y topó con los ojos de Ronnie. La chica pareció titubear unos instantes; entonces suspiró y empezó a narrar una historia que todavía se le antojaba carente de sentido, incluso en aquellos momentos, con la perspectiva que le otorgaba el paso de los meses.

*Ronnie*

Seis meses antes

**R**onnie se recostó en el asiento delantero del coche, preguntándose cómo era posible que su madre y su padre la odieran hasta tal punto.

Ésa era la única explicación que encontraba para entender por qué tenía que ir a visitar a su padre a aquel recóndito lugar al sur del país —un sitio dejado de la mano de Dios—, en lugar de pasar las vacaciones con sus amigos en Manhattan.

Peor todavía; no, no iba simplemente a visitar a su padre. Una «visita» implicaba un fin de semana o dos, como máximo una semana. Pensó que sería capaz de sobrellevar una «visita». Pero ¿quedarse hasta finales de agosto? ¿Prácticamente todo el verano? Eso era un ultraje, y durante la mayor parte de las nueve horas que duró el trayecto en coche, se sintió como una presidiaria a la que estuvieran trasladando a un centro penitenciario rural. No podía creer que su madre la obligara a pasar por aquel mal trago.

Ronnie se sentía tan desgraciada que necesitó un segundo para reconocer la *Sonata número 16 en do mayor* de Mozart. Era una de las piezas que ella había tocado cuatro años antes en el Carnegie Hall, la ilustre sala de conciertos de Nueva York, y sabía que su madre la había puesto a propósito, mientras dormía. No podía soportarlo. Se inclinó hacia delante para apagar la radio.

—¿Por qué has hecho eso? —le increpó su madre, frunciendo el ceño—. Me gusta oírte tocar.

—Pues a mí no.

—¿Y si la pongo bajito?

—Vale ya, mamá. No estoy de humor.

Ronnie clavó la vista en la ventana, con la indiscutible certeza de que los labios de su madre se habían trocado en una línea fina y tensa, como si ambos estuvieran imantados. Últimamente ese gesto se había convertido en una mueca recurrente en ella.

—Me ha parecido ver un pelícano cuando atravesábamos el puente en dirección a Wrightsville Beach —dijo su madre, en un intento de mantener la calma.

—¡No me digas! Quizá deberías llamar al Cazador de Cocodrilos.

—Está muerto —terció una vocecita desde el asiento trasero. Era Jonah. Sus palabras se mezclaron con el ruido de la Game Boy. Su muy-pero-que-muy-pesado hermanito de diez años era un adicto a ese cacharro—. ¿No lo recuerdas? —continuó—. Fue muy triste.

—Claro que lo recuerdo.

—Pues no lo parece.

—Te digo que sí.

—Entonces, ¿por qué has dicho esa tontería?

Ronnie ni se molestó en replicar por tercera vez. Su hermano nunca estaba contento si no decía la última palabra. La sacaba de quicio.

—¿Has conseguido dormir, cielo? —le preguntó su madre.

—Hasta que has pasado por ese bache. Podrías haber frenado un poco, ¿no? Casi me empotro contra la ventana.

Su madre continuaba con la mirada fija en la carretera.

—Celebro que la siesta te haya sentado bien y que te hayas despertado de mejor humor.

Ronnie reventó el globo que acababa de hacer con el chicle. Su madre detestaba ese hábito, y precisamente por eso no había dejado de hacerlo desde que habían tomado la I-95. En su humilde opinión, la interestatal era el tramo más tedioso de carretera jamás concebido. A menos que alguien se desviviera por la comida rápida grasienta, las nauseabundas casetas de la-

vabos portátiles y los trillones de pinos, la fea monotonía del paisaje podía sumir a una persona en un hipnótico estado de sopor.

Ronnie ya había soltado el mismo comentario a su paso por los estados de Delaware, Maryland y Virginia, pero su madre había ignorado las críticas en cada una de esas ocasiones. Aparte de intentar ser agradable durante el largo trayecto en coche, dado que era la última vez que la vería durante bastante tiempo, su madre no era la clase de persona a la que le entusiasmara hablar mientras conducía. De entrada, no le gustaba conducir, y por eso solían desplazarse en metro o en taxi en Nueva York. Pero en casa... la cosa era distinta. En casa no tenía ningún reparo en ponerse a chillar, y en los dos últimos meses el presidente de la comunidad había bajado un par de veces a su piso para pedirle que por favor bajara la voz. Probablemente creía que cuanto más la regañara a grito pelado por sus pésimas notas, por los amigos que frecuentaba o por el hecho de que nunca respetara la hora de llegada por la noche, o por el «incidente» —especialmente por el «incidente»—, Ronnie más caso le haría.

15

Tampoco se podía decir que fuera la peor madre del mundo, ni mucho menos. Incluso podía admitir que cuando estaba de buen humor era bastante enrollada —en cuanto a madres se refería, claro—. Lo que le pasaba era que estaba atrapada en esa mala época de su vida en la que los niños no acaban de hacerse mayores. Ronnie deseó por enésima vez haber nacido en mayo en vez de en agosto, cuando cumpliría dieciocho años y su madre ya no podría obligarla a hacer nada. Legalmente, sería mayor de edad y podría tomar sus propias decisiones libremente.

De momento, sin embargo, aunque Ronnie no deseara realizar ese dichoso viaje al sur, no le quedaba otra elección. Porque todavía tenía «diecisiete» años. Y todo por culpa de una jargarreta del calendario. Porque su madre la había concebido tres meses después de lo que en realidad debería haberlo hecho. Pero ¿por qué la obligaba a acatar ese odioso plan para el verano? De nada había servido la tremenda pataleta que había pillado, ni tampoco sus súplicas ni sus quejas ni la infinidad de

lágrimas derramadas; no, no había servido de nada. Ronnie y Jonah iban a pasar el verano con su padre, y no había nada más que hablar. «No hay peros que valgan, ni tampoco se aceptan sugerencias», había sentenciado su madre. ¡Oh! ¡Cómo detestaba aquella actitud tan intransigente!

A la salida del puente, el tráfico se intensificó y su madre aminoró considerablemente la marcha. A un lado, entre las casas, Ronnie divisó el océano. Genial. Como si eso le importara.

—¿Por qué nos obligas a hacerlo? —refunfuñó Ronnie.

—Ya hemos hablado de eso —le contestó su madre—. Necesitáis pasar una temporada con vuestro padre. Os echa mucho de menos.

—Pero ¿todo el verano? ¿No podrían ser sólo un par de semanas?

—Necesitáis pasar más tiempo juntos. Hace tres años que no lo ves.

—Ya, pero la culpa no es mía. Fue él quien se marchó.

16 —Sí, pero tú no quieres hablar con él cada vez que llama por teléfono. Y cuando viene a Nueva York para veros a ti y a Jonah, prefieres pasarte todo el día por ahí con tus amigos.

Ronnie volvió a reventar el globo de chicle y miró de soslayo a su madre un par de veces.

—No quiero verlo, ni tampoco quiero hablar con él —protestó.

—Mira, ¿por qué no intentas ver el lado positivo? Tu padre es una buena persona, y te quiere mucho.

—¿Por eso nos abandonó?

En lugar de contestar, su madre echó un vistazo por el espejo retrovisor.

—Tú sí que tienes ganas de estar con él, ¿no es cierto, Jonah?

—¡Pues claro! ¡Será alucinante!

—Celebro que tengas esa actitud. Quizá deberías darle un par de lecciones a tu hermana.

Jonah resopló con cara de fastidio.

—¡Ja! Ni lo sueñes.

—¡Es que no comprendo por qué no puedo pasar el verano con mis amigos! —masculló Ronnie de mala gana.

No pensaba dejar las cosas así. A pesar de que sabía que las probabilidades eran más bien nulas, todavía albergaba la fantasía de convencer a su madre para que diera media vuelta y regresara a Manhattan.

—¿Te refieres a que por qué no puedes pasarte todas las noches de juerga en la discoteca? No soy tan ingenua, Ronnie. Sé lo que se cuece en esos sitios.

—No hago nada malo, mamá.

—¿Y qué me dices de tus notas? ¿Y de que nunca respetes la hora a la que tienes que volver a casa? ¿Y de...?

—¿Podemos cambiar de tema? —la atajó Ronnie—. Como, por ejemplo, ¿por qué es obligatorio que pase una temporada con mi padre?

Su madre no le contestó. De hecho, Ronnie sabía que tenía todos los motivos del mundo para no hacerlo; ya había contestado a esa pregunta un millón de veces, a pesar de que la chica se negaba a aceptar la respuesta.

Al cabo de un rato, el tráfico volvió a ser más fluido, y el coche avanzó media manzana antes de detenerse de nuevo. Su madre bajó la ventanilla y sacó la cabeza para intentar averiguar por qué se detenían los coches.

—Me pregunto qué pasará —murmuró—. La circulación está fatal por aquí.

—Es por la playa —comentó Jonah—. Siempre hay mucha gente en la playa.

—Son las tres de la tarde de un domingo. No tendría que estar tan abarrotada.

Ronnie encogió las piernas. Qué fastidio. Su vida era detestable, absolutamente detestable.

—Oye, mamá, ¿sabe papá que arrestaron a Ronnie? —preguntó Jonah.

—Sí —contestó ella.

—¿Y qué piensa hacer?

Esta vez fue Ronnie la que contestó:

—No hará nada. Lo único que le importa es su maldito piano.

Ronnie «detestaba» el piano y había jurado que nunca más volvería a tocarlo, una decisión que incluso había sorprendido a algunas de sus mejores amigas, puesto que el piano había formado parte de su vida desde que era una niña. Su padre, que había sido profesor de música en la Academia Juilliard de Nueva York, también había sido su profesor particular. A Ronnie no sólo le había encantado tocar el piano, sino que soñaba con llegar a componer algún día una pieza musical con su padre.

18 Se le daba bien, más que bien, y gracias al vínculo entre su padre y Juilliard, la administración y los profesores del conservatorio no tardaron en fijarse en su talento para la música. Pronto empezó a correr la voz dentro del mundillo de su padre, entre la cerrada comunidad de los que creían que la música clásica era lo más importante en el mundo. Poco después, su nombre apareció en un par de artículos en unas revistas especializadas en música clásica, y el *New York Times* publicó un artículo bastante extenso sobre el vínculo entre padre e hija. Finalmente, hacía cuatro años, Ronnie actuó en la serie *Young Performers* que el Carnegie Hall organizaba para jóvenes promesas. Aquél fue el momento estelar de su carrera. Y realmente fue un momento culminante; no era tan ilusa como para no darse cuenta de lo que había conseguido. Sabía que en la vida había muy pocas oportunidades como aquélla, pero últimamente se preguntaba si sus sacrificios habían valido la pena. Después de todo, aparte de sus padres, a nadie le importaba su actuación, nadie la recordaba. Había aprendido que, a menos que una tuviera un vídeo popular en YouTube o que pudiera tocar delante de miles de personas, la habilidad musical no servía para nada.

A veces deseaba que su padre la hubiera iniciado en la guitarra eléctrica. O, como mínimo, en lecciones de canto. ¿Qué se suponía que podía hacer con su habilidad para tocar el piano? ¿Enseñar música en la escuela local? ¿Tocar en el vestíbulo de algún hotel mientras la gente pasaba por el mostrador de recepción? ¿Llevar la misma vida tan ingrata de su padre? Sólo hacía falta mirar cómo había acabado: un día decidió marcharse

de Juilliard para dedicarse a hacer giras como concertista de piano y acabó tocando en locales de poca monta con audiencias que apenas llenaban las dos primeras filas. Viajaba cuarenta semanas al año, lo bastante como para poner en peligro su matrimonio. Ronnie recordaba a su madre gritando todo el tiempo y a su padre encerrándose en sí mismo, como siempre solía hacer, hasta que un día simplemente ya no regresó de una larga gira por los estados del sur. Por lo que sabía, últimamente su padre ya no daba conciertos. Ni tampoco clases particulares.

«¿Qué? ¿Satisfecho con el resultado, papá?»

Ronnie sacudió la cabeza. No quería estar allí. De ninguna manera. No quería tener nada que ver con la historia de aquel perdedor.

—¡Oye, mamá! ¿Qué es eso de ahí? ¿Es una noria? —preguntó Jonah, alborotado, al tiempo que se inclinaba hacia delante.

Su madre alargó el cuello, intentando ver por encima del monovolumen que ocupaba el carril contiguo.

—Creo que sí, cielo —contestó—. Deben de ser las fiestas locales.

—¿Podemos ir? ¿Después de cenar todos juntos?

—Tendrás que preguntárselo a tu padre.

—Sí, y quizá después nos sentemos alrededor de una fogata y nos pongamos a cantar alegremente, como una familia perfecta, unida y feliz —espetó Ronnie.

En esa ocasión, los dos decidieron no hacerle ni caso.

—¿Crees que habrá más atracciones? —preguntó Jonah.

—Seguro que sí. Y si tu padre no quiere montarse contigo, seguro que a tu hermana sí que le apetece.

—¡Genial!

Ronnie se recostó en el asiento. Estaba segura de que su madre iba a sugerir algo parecido. Aquello era demasiado deprimente como para ser verdad.

Steve Miller tocaba el piano con una emoción desmedida, anticipando la llegada de sus hijos en cualquier minuto.

20 El piano estaba en una salita aledaña al pequeño comedor del tosco bungalow de la playa, un lugar que se había convertido en su hogar. A su espalda había varios objetos que esbozaban su pasado. No era mucho. Aparte del piano, Kim había sido capaz de amontonar todas sus pertenencias en una sola caja, y él había necesitado menos de media hora para colocarlo todo en su sitio. Tenía una instantánea de cuando era joven junto a su padre y su madre, y otra en la que aparecía también muy joven, tocando el piano. Ambas fotos estaban colgadas entre los dos títulos universitarios que poseía, uno expedido por la Universidad de Chapell Hill y el otro por la Universidad de Boston. Debajo había un certificado de reconocimiento de la Academia Juilliard por su labor como profesor durante quince años. Cerca de la ventana destacaban tres carteles enmarcados con propaganda de sus actuaciones durante una gira. Lo más importante, sin embargo, era la media docena de fotografías de Jonah y Ronnie, algunas clavadas con chinchetas en la pared o enmarcadas y otras expuestas sobre el piano. Cada vez que las miraba no podía evitar lamentarse de que, a pesar de sus buenas intenciones, nada hubiera salido como esperaba.

Los últimos rayos del sol de la tarde se filtraban a través de las ventanas y conferían al interior de la vivienda un ambiente sofocante. Podía notar las gotitas de sudor que se le formaban

en la frente. Gracias a Dios, los pinchazos en el vientre ya no eran tan intensos como por la mañana, pero llevaba cuatro días con los nervios a flor de piel, y sabía que el dolor volvería. Su punto débil siempre había sido el estómago. Cuando tenía veinte años, tuvo una úlcera y lo hospitalizaron por diverticulitis; a los treinta años lo operaron de apendicitis aguda, cuando Kim estaba embarazada de Jonah. Ingería fármacos antiácidos como si fueran caramelos, llevaba años enganchado al Nexium, y a pesar de que sabía que probablemente podría llevar una dieta más saludable y realizar más ejercicio físico, no albergaba ninguna esperanza de que eso lo ayudara. Sus problemas estomacales eran genéticos.

La muerte de su padre seis años antes le había cambiado la vida. Desde el funeral se había visto abocado a un estado de absoluta inestabilidad, como si esperase a que sucediera algo. En cierta manera, eso era lo que suponía que le pasaba. Cinco años antes, había abandonado su puesto de trabajo en la Academia Juilliard; un año después, había decidido intentar ganarse la vida como concertista de piano. Hacía tres años que él y Kim habían acordado divorciarse; menos de doce meses después, empezaron a cancelar las actuaciones de sus giras hasta que al final se quedó sin trabajo. El año anterior se había instalado nuevamente en aquella localidad, el pueblo que lo había visto crecer, un lugar que pensaba que jamás volvería a pisar. Y ahora estaba a punto de pasar el verano con sus hijos, y aunque intentaba imaginar lo que el otoño le depararía después de que Ronnie y Jonah regresaran a Nueva York, sólo tenía la certeza de que las hojas de los árboles adoptarían un tono amarillento antes de tornarse rojas y que por las mañanas le costaría respirar, como de costumbre, por el cambio de temperatura. Hacía mucho tiempo que ya no intentaba predecir el futuro.

El futuro no le quitaba el sueño. Sabía que las predicciones carecían de sentido; además, si ni siquiera atinaba a comprender el pasado... En aquella época, la única certeza absoluta que tenía era que él era un tipo ordinario en un mundo que adoraba lo extraordinario, y esa aseveración le provocaba una vaga sensación de desencanto por la vida que había llevado. Pero

¿qué podía hacer? A diferencia de Kim, más extrovertida y sociable, él siempre había sido más retraído y uno más del montón. A pesar de que despuntaba por cierto talento como músico y compositor, sabía que le faltaba el carisma y el don para encandilar a la audiencia, o aquello que fuera necesario para que un concertista supiera meterse al público en el bolsillo. A veces incluso admitía que su paso por el mundo era más como observador que como partícipe; en momentos de dolorosa honestidad, asumía que había fracasado en todo lo que era importante. Tenía cuarenta y ocho años. Su matrimonio no había funcionado, su hija no quería verlo y su hijo estaba creciendo lejos de él. Sabía que no podía culpar a nadie más que a sí mismo, y lo que más ansiaba en aquellos momentos era averiguar si todavía era posible que un tipo como él pudiera experimentar la presencia de Dios.

22

Diez años antes, jamás se habría imaginado cuestionándose tal cosa. Ni siquiera dos años antes. Pero a veces pensaba que la madurez lo había conducido inevitablemente hasta aquel punto más reflexivo. A pesar de que, desde hacía tiempo suponía que la respuesta radicaba de algún modo en la música que componía, últimamente sospechaba que se había equivocado. Cuanto más pensaba en ello, más cuenta se daba de que, para él, la música había sido siempre algo separado de la realidad, y no una forma de experimentarla profundamente. Podía sentir pasión y catarsis con las piezas de Tchaikovsky, o una sensación de plenitud al escribir sus propias sonatas, pero ahora sabía que encerrarse en la música tenía menos que ver con Dios que con un deseo egoísta de hallar una vía de escape.

Ahora creía que la respuesta correcta yacía en algún punto del amor que sentía por sus hijos, en el dolor que experimentaba cuando se despertaba en aquella casa silenciosa y se daba cuenta de que no estaban a su lado. Pero incluso en esos momentos tenía la certeza de que había algo más.

Y en cierta manera, esperaba que sus hijos lo ayudaran a encontrarlo.

Unos minutos más tarde, Steve vio a través de la ventana que el sol se reflejaba en el parabrisas de un monovolumen. Él y Kim lo habían comprado hacía años para realizar salidas y excursiones familiares los fines de semana. Súbitamente se preguntó si Kim se habría acordado de cambiar el aceite antes de iniciar aquel viaje tan largo, o incluso desde que él se marchó. «Probablemente no», decidió finalmente. Kim nunca se había ocupado de esas cuestiones; siempre era él quien se encargaba de revisar el estado del coche.

Pero, ahora, esa parte de su vida había quedado atrás.

Se levantó del asiento; cuando llegó al porche, Jonah ya había saltado del coche y se dirigía corriendo hacia él. Llevaba el pelo alborotado, las gafas torcidas; sus piernas y sus brazos eran tan delgados como los palos de una escoba. Steve notó un nudo en la garganta, y de nuevo pensó en todo lo que se había perdido durante los últimos tres años.

—¡Papá!

—¡Jonah! —exclamó Steve al tiempo que avanzaba hacia él a grandes zancadas.

Cuando Jonah saltó a sus brazos, le costó mucho no desmoronarse de la emoción.

—¡Cómo has crecido! —se sorprendió.

—¡En cambio tú estás más canijo! ¡Y mucho más delgado! —dijo el niño.

Steve estrechó a su hijo con fuerza entre sus brazos antes de soltarlo.

—Me alegro de que ya hayas llegado.

—Yo también. Mamá y Ronnie se han pasado todo el viaje discutiendo.

—Vaya, pues eso no está bien.

—No pasa nada. No les he hecho ni caso. Excepto cuando me apetecía pincharlas un poco, ya sabes, para provocarlas.

—Ah —respondió Steve.

Jonah se llevó un dedo hasta el puente de las gafas para colocárselas en su sitio.

—¿Por qué mamá no nos ha dejado venir en avión?

—¿Se lo has preguntado?

—No.

—Quizá deberías hacerlo.

—¡Bah! Tampoco importa; sólo es que sentía curiosidad.

Steve sonrió. Había olvidado lo parlanchín que podía ser su hijo cuando se lo proponía.

—¡Anda! ¿Ésta es tu casa?

—Sí.

—¡Es alucinante!

Steve se preguntó si Jonah hablaba en serio. Aquella pequeña construcción rústica y tosca no tenía nada de alucinante; probablemente era la edificación más destartalada de toda la playa. Además, estaba «encerrada» entre dos casas espectaculares que habían erigido en los últimos diez años, con lo cual aún parecía más diminuta. Con la pintura ajada, el tejado desvencijado y la madera del porche medio podrida, a Steve no le sorprendería en absoluto que durante la próxima tormenta de moderada intensidad, el bungalow saliera volando por los aires, cosa que, seguramente, no les haría ni pizca de gracia a sus vecinos. Desde que se había mudado, ningún miembro de las dos familias le había dirigido la palabra.

—¿De verdad lo crees? —se interesó.

—¡Pues claro! ¡Está justo en medio de la playa! ¿Qué más se puede pedir? —Jonah enfiló hacia el océano—. ¿Puedo echar un vistazo?

—Claro. Pero ten cuidado. Y no te alejes demasiado.

—Vale.

Steve observó cómo Jonah se alejaba al trote. Al darse la vuelta vio que Kim se acercaba. Ronnie también se había apeado del coche, aunque no parecía mostrar ninguna predisposición a acercarse.

—Hola, Kim —la saludó.

—¿Qué tal, Steve? —Se inclinó para darle un abrazo fugaz—. ¿Todo bien? Estás más delgado.

—Estoy bien.

Detrás de ella, Steve se fijó en Ronnie, que lentamente se encaminaba hacia ellos. Se sorprendió al ver cómo había cambiado desde la última foto que su ex mujer le había enviado por correo

electrónico. Qué lejos quedaba la pequeña princesita que recordaba; en su lugar había ahora una adolescente con un mechón lila que destacaba en su larga melena castaña, las uñas de las manos pintadas de color negro, y vestida con ropa oscura de los pies a la cabeza. A pesar de los signos obvios de rebelión adolescente, pensó de nuevo en lo mucho que se parecía a su madre. Eso era bueno. También pensó que Kim estaba tan guapa como siempre.

Steve carraspeó con cierto nerviosismo antes de hablar.

—Hola, cielo. Me alegro mucho de verte.

Ronnie no contestó; su madre la miró con el ceño fruncido.

—No seas grosera. Tu padre te está hablando. Di algo.

Ronnie se cruzó de brazos.

—Muy bien. ¿Qué te parece esto? No pienso tocar el piano para ti.

—¡Ronnie! —Steve pudo oír la exasperación en el tono de Kim.

—¿Qué? —La chica alzó la cabeza con desfachatez—. Pensé que era mejor dejar las cosas claras desde el principio.

Antes de que Kim pudiera responder, Steve sacudió la cabeza. Lo último que deseaba era una discusión.

—Tranquila, Kim, no pasa nada.

—Sí, mamá, no pasa «nada» —cacareó Ronnie, a la defensiva—. Necesito estirar un poco las piernas. Me voy a dar una vuelta.

Mientras se alejaba con porte insolente, Steve se dio cuenta de que su ex mujer se debatía entre el impulso de llamarla para que regresara o no dejarla marchar. Al final, sin embargo, no dijo nada.

—Un viaje duro, ¿eh? —intervino él, intentando aquietar las aguas.

—Ni te lo imaginas.

Steve sonrió, pensando que por tan sólo un instante era fácil imaginar que todavía seguían casados, formando un equipo, todavía enamorados.

Salvo que, por supuesto, no lo estaban.

Tras descargar las maletas, Steve se dirigió a la cocina, donde dio unos golpecitos a la vieja cubitera para que saltaran unos cubitos dentro de unos vasos que ya estaban en el bungalow cuando él lo ocupó.

A su espalda, oyó que Kim entraba en la cocina. Asió una jarra con té dulce frío, vertió la infusión en dos vasos y le pasó uno a su ex mujer. Fuera, Jonah se dedicaba alternativamente a atrapar y a evitar ser atrapado por las olas mientras las gaviotas sobrevolaban la orilla.

—Parece que Jonah se está divirtiendo.

Ella avanzó un paso hacia la ventana.

—Lleva varias semanas nervioso, soñando con este viaje.

—Kim titubeó antes de continuar—. Te echa de menos.

—Yo también a él.

—Lo sé —suspiró ella. Tomó un sorbo de té antes de dar un vistazo a la cocina—. Así que... aquí es donde vives, ¿eh? Tiene... carácter.

—Por carácter entiendo que te has fijado en las goteras del techo y en la falta de aire acondicionado.

Kim esbozó una breve sonrisa, incómoda.

—Sé que no es mucho. Pero es tranquilo y puedo ver cómo sale el sol.

—¿Y la Iglesia te deja estar aquí sin pagar nada?

Steve asintió.

—La casa pertenecía a Carson Johnson, un artista de la localidad; cuando falleció, la donó a la Iglesia. El reverendo Harris deja que me quede hasta que necesiten el terreno.

—¿Y qué tal es eso de vivir de nuevo en tu pueblo natal? Quiero decir, tus padres vivían muy cerca, ¿no? ¿A unas tres manzanas de aquí?

«A siete, para ser más precisos», pensó él, aunque lo único que dijo mientras se encogía de hombros fue:

—No está mal.

—Ahora hay mucha más gente. Ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí.

—Todo cambia —apuntó él. Se apoyó en la encimera y cruzó una pierna por encima de la otra—. ¿Y cuándo es el

gran día? —inquirió, cambiando de tema—. Me refiero a ti y a Brian.

—Steve...

—No pasa nada —la interrumpió, alzando la mano—. Me alegro de que hayas rehecho tu vida.

Kim se lo quedó mirando fijamente, como si se preguntara si era mejor aceptar sus palabras sin más o ahondar en el peligroso territorio sentimental.

—En enero —anunció finalmente—. Y quiero que sepas que con los niños... Brian no pretende ser quien no es. Seguro que te gustaría.

—Sí, seguro —repitió él, tomando un sorbo de té. Después depositó el vaso sobre la mesa—. ¿Y qué piensan los niños de él?

—A Jonah parece que le gusta, pero es que a Jonah le gusta todo el mundo.

—¿Y Ronnie?

—Se porta con él del mismo modo que se porta contigo.

Steve soltó una carcajada sin reparar en la cara de preocupación de Kim.

—¿Cómo está?

—¡Uf! No lo sé —suspiró ella—. Creo que no muy bien. Está atravesando una fase muy... confusa; se debate entre rachas de melancolía y de cólera. No respeta la hora de volver a casa por las noches, y la mitad de las veces sólo consigo sacarle un «Me da igual» cuando intento hablar con ella. Intento aceptar que su actitud es la propia de su edad, porque aún recuerdo lo que yo sentía en la adolescencia, pero... —Sacudió la cabeza con tristeza—. ¿Te has fijado en la forma en que viste? ¿Y su pelo? ¿Y ese pintauñas tan horroroso?

—Sí.

—¿Y?

—Podría ser peor.

Kim abrió la boca para decir algo, pero cuando no se le ocurrió nada, supo que Steve tenía razón. Fuera cual fuese la fase que su hija estaba atravesando, y a pesar de los temores de Kim, Ronnie seguía siendo Ronnie.

—Supongo que sí —cedió ella, antes de volver a sacudir la cabeza—. Ya sé que tienes razón. Pero es que últimamente resulta extremadamente difícil convivir con ella. Algunas veces es la misma niña dulce de siempre. Como con Jonah. A pesar de que se pelean como el perro y el gato, todavía lo lleva al parque cada fin de semana. Y cuando Jonah tuvo problemas con las matemáticas, ella le dio clases cada noche, lo cual no deja de ser curioso, teniendo en cuenta que este curso Ronnie ha suspendido casi todas las asignaturas. Y no te lo había dicho, pero la obligué a presentarse de nuevo a la convocatoria de febrero. No contestó ni una sola pregunta en los exámenes. ¿Sabes lo mal estudiante que hay que ser para no contestar ni una sola pregunta?

Cuando Steve volvió a reír, Kim frunció el ceño.

—No tiene gracia.

—En cierta manera sí.

—Claro, tú no has tenido que lidiar con ella durante estos tres últimos años.

Él dejó de reír y bajó la cabeza.

28

—Tienes razón. Lo siento. —Cogió nuevamente el vaso—. ¿Qué dijo el juez sobre el pequeño hurto en la tienda?

—Ya te lo conté por teléfono —repuso ella con expresión resignada—: si Ronnie no se mete en ningún lío más, lo borrarán de su expediente. Pero si se vuelve a repetir... —No pudo acabar la frase.

—Estás muy preocupada por eso, ¿verdad? —dedujo él.

Kim le dio la espalda.

—Es que no es la primera vez, y ése es el problema —confesó, angustiada—. Ronnie admitió que había robado la pulsera el año pasado, pero, según ella, esta vez estaba comprando un par de cosas en la tienda y no podía sostenerlas todas en las manos, así que por eso se metió el pintalabios en el bolsillo. Pagó las otras cosas. Si ves el vídeo de seguridad de la tienda, parece como si realmente fuera un descuido sin ninguna mala intención, pero...

—Pero no estás segura.

Cuando Kim no contestó, Steve sacudió la cabeza.

—No te preocupes. No aparecerá en la lista de «Los delin-

cuentas más buscados del país». Cometió un error. Siempre ha tenido buen corazón.

—Eso no significa que ahora nos esté diciendo la verdad.

—Y tampoco significa que esté mintiendo.

—¿La crees? —Su expresión denotaba una mezcla de esperanza y de escepticismo.

Steve se debatió entre sus sentimientos al respecto, como había hecho una docena de veces desde que Kim se lo contó por primera vez.

—Sí —concluyó—. La creo.

—¿Por qué?

—Porque es buena chica.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella. Por primera vez, parecía enojada—. La última vez que pasaste tiempo con ella, Ronnie tenía quince años. —Volvió a darle la espalda; cruzó los brazos y clavó la vista en la ventana. Cuando volvió a hablar, su voz había adoptado un tono más crispado—: Podrías haber vuelto, lo sabes perfectamente. Podrías haber vuelto a dar clases en Nueva York. No tenías que viajar por todo el país, ni quedarte a vivir aquí... Podrías haber continuado formando parte de sus vidas.

Sus palabras eran punzantes, y Steve sabía que ella tenía razón. Pero no había sido tan sencillo, por razones que ambos comprendían, a pesar de que ninguno de los dos quería reconocerlo.

El incómodo silencio se rompió cuando Steve finalmente carraspeó.

—Lo único que intento decir es que Ronnie sabe distinguir entre lo que está bien y lo que está mal. A pesar de que esté intentando reafirmar su independencia, sigo creyendo que es la misma persona que ha sido siempre. En los aspectos fundamentales, Ronnie no ha cambiado.

Antes de que Kim pudiera pensar en cómo o en si podía rebatir aquel alegato, Jonah entró atolondradamente por la puerta, con las mejillas encendidas.

—¡Papá! ¡He encontrado un taller muy guay! ¡Ven! ¡Quiero que me lo enseñes!

Kim enarcó una ceja.

—Sí. Está en la parte trasera —explicó Steve—. ¿Así que quieres verlo?

—¡Ya verás, mamá, es alucinante!

Kim miró a Steve y luego a Jonah; después, nuevamente a su ex marido.

—No, gracias —respondió—. Me suena a una actividad más propia de padre e hijo. Y además, creo que será mejor que me ponga en camino.

—¿Ya te vas? —preguntó Jonah.

Steve sabía lo doloroso que aquella separación le iba a resultar a su ex mujer, así que contestó por ella.

—A tu madre todavía le quedan muchas horas en la carretera. Y además, esta noche había pensado llevaros a la feria. ¿Te parece bien que dejemos lo del taller para más tarde?

Steve vio que los hombros de su hijo se hundían casi imperceptiblemente.

—Vaaaaaale —convino Jonah.

30

Después de que el chico se despidiera de su madre —sin Ronnie a la vista y, según Kim, probablemente aún tardaría bastante en regresar—, se metieron en el taller, una especie de cobertizo con el techo de hojalata y que formaba parte de la propiedad.

Durante los últimos tres meses, Steve se había pasado la mayor parte de las tardes allí encerrado, rodeado de un montón de chatarra y de pequeños fragmentos de cristal de distintos colores que ahora Jonah se estaba dedicando a inspeccionar. El centro del taller lo ocupaba una alargada mesa de trabajo con un vitral recién empezado, pero Jonah parecía más interesado en las extrañas muestras de taxidermia que se exhibían en las estanterías, la especialidad del anterior dueño de la casa. Era imposible no inmutarse ante el engendro con medio cuerpo de ardilla y la otra mitad de pez, o ante la cabeza de comadreja empalada en el cuerpo de un gallo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Jonah, desconcertado.

—Supongo que se podría definir como arte.

—Pensé que el arte eran pinturas y cosas parecidas.

—Así es. Pero a veces el arte también puede adoptar otras formas.

Jonah arrugó la nariz, sin apartar la vista del bicho mitad conejo mitad serpiente.

—Pues a mí esto no me parece arte.

Cuando Steve sonrió, Jonah señaló el vitral que reposaba sobre la mesa de trabajo.

—¿Y qué es esto? —quiso saber.

—Es mi obra. Estoy montando una vidriera de colores para la iglesia que hay un poco más abajo, en esta misma calle. El año pasado se quemó, y la vidriera original quedó destruida en el incendio.

—No sabía que supieras hacer vidrieras.

—Lo creas o no, el artista que antes vivía en esta casa me enseñó a hacerlo.

—¿El tipo que disecó todos estos bichos?

—Así es.

—¿Lo conocías?

Steve se acercó a su hijo.

—De pequeño solía venir aquí cuando se suponía que tenía que estar en clase de religión. Él realizaba las vidrieras para la mayoría de las iglesias que hay por aquí cerca. ¿Ves esa foto en la pared? —Steve señaló hacia una pequeña imagen de Jesucristo resucitado clavada con una chincheta en una de las estanterías, que con tantos trastos pasaba fácilmente desapercibida—. Espero que mi vidriera sea igual que la imagen de la foto, cuando esté acabada.

—¡Alucinante! —exclamó Jonah.

Steve sonrió. Por lo visto, era la nueva palabra favorita de su hijo; se preguntó cuántas veces la oiría durante el verano.

—¿Quieres ayudarme?

—¿Puedo?

—Lo daba por sentado. —Steve le propinó un cariñoso golpecito en el hombro—. Necesito un ayudante de confianza.

—¿Es difícil?

—Yo tenía tu edad cuando empecé, así que estoy seguro de que no tendrás ningún problema para aprender.

Visiblemente entusiasmado, Jonah asió un fragmento de vidrio y lo examinó a contraluz, con una expresión solemne.

—Sí, yo también creo que podré hacerlo.

Steve sonrió.

—¿Todavía vas a misa? —le preguntó.

—Sí. Pero no a la misma iglesia que íbamos antes contigo. Ahora vamos a la que le gusta a Brian. Y Ronnie no siempre viene con nosotros. Se encierra en su cuarto y se niega a salir, pero tan pronto como nos vamos, se larga a Starbucks a matar el rato con sus amigos. Mamá se pone muy furiosa.

—Bueno, eso es normal en la adolescencia. Los hijos ponéis a los padres a prueba.

Jonah depositó el fragmento de cristal sobre la mesa.

—Yo no lo haré. Siempre seré bueno. Pero no me gusta mucho la nueva iglesia. Es un palo. Así que puede que no vaya a esa iglesia.

—Muy bien. —Steve hizo una pausa—. Me he enterado de que no piensas jugar al fútbol el próximo otoño.

—No se me da muy bien.

—¿Y qué? Pero te diviertes, ¿no?

—No cuando los otros niños se ríen de mí.

—¿Se ríen de ti?

—No pasa nada. Tampoco me molesta.

—Ah —dijo Steve.

Jonah empezó a balancearse, alternando el peso de su cuerpo de una pierna a la otra, inquieto; era obvio que algo le rondaba por la cabeza.

—Ronnie no ha leído ninguna de las cartas que le has enviado, papá. Y tampoco quiere volver a tocar el piano nunca más.

—Lo sé —respondió Steve.

—Mamá dice que es porque tiene el SPM.

Steve casi se atragantó de la risa, pero intentó recuperar la compostura tan rápido como pudo.

—¿Y sabes exactamente lo que eso significa?

Jonah se llevó el dedo índice al puente de las gafas para colocárselas bien.

—Ya no soy tan pequeño, papá. Significa que tiene el síndrome de perpetuos morros.

Steve se echó a reír al mismo tiempo que con una mano le revolvía el pelo a su hijo en un gesto cariñoso.

—¿Qué te parece si vamos a buscar a tu hermana? Creo que se ha ido hacia la feria.

—¿Nos montaremos en la noria?

—Por supuesto.

—Alucinante.

*H*abía un montón de gente en la feria. O mejor dicho —Ronnie se corrigió a sí misma—, había un montón de gente en el Festival Marinero de Wrightsville Beach. Mientras compraba una limonada en uno de los puestos ambulantes, contempló los numerosos coches aparcados uno detrás de otro y que formaban una fila compacta a ambos lados de las carreteras que conducían al muelle, e incluso se fijó en varios jóvenes con espíritu emprendedor que alquilaban los aparcamientos de sus casas, situadas cerca de la fiesta.

Hasta ese momento, sin embargo, la acción dejaba mucho que desear. Había supuesto que la noria sería una atracción fija de la localidad y que en el muelle habría tiendas y bares como en el paseo marítimo de Atlantic City; en otras palabras, que sería el sitio ideal para matar las horas en verano. Pero se había equivocado. Evidentemente, no era más que una pequeña feria rural montada en la zona de estacionamiento para los coches en la punta del muelle. Las atracciones formaban parte de la feria ambulante, y en el aparcamiento habían dispuesto una fila de puestos donde se podía jugar una partida a diferentes juegos —eso sí, a un precio que era un timo— y unas casetas en las que lo único que servían era bazofia grasienta. Toda la feria era bastante... patética.

Por lo visto, sin embargo, nadie más compartía su opinión. La fiesta estaba «a tope». Viejos y jóvenes, familias enteras, grupitos de colegiales que flirteaban echándose miraditas...

Tomara la dirección que tomase, siempre tenía la sensación de estar luchando contra la marea de individuos que la embestían sin parar. Individuos empapados de sudor. Individuos gordos, que apestaban a sudor. En un momento dado, Ronnie quedó comprimida entre un par de ellos; entonces, inexplicablemente, la multitud se detuvo, de repente. Qué asco. Uno se estaba zampando un perrito caliente y el otro devoraba una barra de chocolate que previamente había visto en uno de esos puestos de comida. Arrugó la nariz. El ambiente era más que patético.

Avistó un espacio despejado, se deslizó como pudo entre el hervidero de gente y los tenderetes ambulantes y enfiló hacia el muelle. Afortunadamente, había menos gente a medida que se alejaba hacia el muelle y dejaba atrás los puestos con productos artesanales. Nada que ansiara comprar, ¿quién diantre iba a querer un gnomo hecho íntegramente con conchas marinas? No obstante, seguro que alguien compraba esa basura; si no, los tenderetes no estarían allí.

Distraída, chocó sin querer con una mesa. Una anciana ocupaba la silla plegable situada detrás de ella. La mujer, que llevaba una camiseta con un logo de una sociedad protectora de animales, tenía el pelo cano y una cara afable y sonriente. «La típica abuela que se pasa el día horneando galletas antes de Nochebuena», se dijo Ronnie. Sobre la mesa, delante de la anciana, vio unos folletos de propaganda y una vasija para donativos junto a una enorme caja de cartón. Dentro de ésta había cuatro cachorros de color gris, y uno de ellos no paraba de dar brincos sobre sus patas traseras para mirar por encima de la pared de cartón.

—Hola, pequeñín —lo saludó Ronnie.

La anciana sonrió.

—¿Quieres sostenerlo? Es el más juguetón. Lo llamo *Seinfeld*.

El cachorro empezó a gimotear sin parar.

—No, gracias. —Era una monada. Realmente una monada, a pesar de que pensara que el nombre no le quedaba nada bien. Y sí que le apetecía cogerlo, pero sabía que, si lo hacía, después no querría volver a dejarlo en la caja. Se le iban los ojos detrás

de los animales en general, especialmente de los que habían abandonado, como aquellos cachorrillos—. No les pasará nada, ¿verdad? No iré a sacrificarlos, ¿no?

—No te preocupes —contestó la mujer—. Por eso hemos montado esta parada, para que la gente los adopte. El año pasado encontramos familias para casi treinta animales, y estos cuatro ya están colocados. Sólo estoy esperando a que los nuevos dueños pasen a recogerlos de camino a casa, cuando se marchen de la feria. Pero tengo más en el cobertizo, si te interesa.

—No, gracias, sólo quería verlos —contestó Ronnie, justo en el momento en que oyó una música estridente que procedía de la playa. Alargó el cuello, intentando descubrir de qué se trataba—. ¿Qué pasa? ¿Es un concierto?

La mujer sacudió la cabeza.

—No, es vóley-playa. Hace horas que juegan; organizan un torneo o algo parecido. Deberías ir a verlo. Llevo todo el día oyendo gritos y aplausos, así que supongo que debe de ser interesante.

36

Ronnie consideró aquella posibilidad por unos instantes. ¿Por qué no? No podía ser peor que la feria. Echó un par de dólares en la vasija para donativos antes de encaminarse hacia los peldaños de madera que conducían a la playa.

El sol empezaba a ponerse y confería al océano una suerte de capa de oro líquido. En la playa, las pocas familias que quedaban se hallaban congregadas en las toallas cerca del agua, al lado de un par de castillos de arena que pronto serían barridos por la marea. Los charranes bajaban en picado para volver a elevarse rápidamente, en busca de cangrejos.

No necesitó mucho rato para llegar hasta el lugar de dónde venía el jaleo. Mientras se aproximaba despacio al borde de la pista, se fijó en que las otras chicas congregadas miraban embobadas a los dos jugadores de la derecha. No le sorprendió en absoluto. Los dos chicos —¿de su edad?, ¿un poco mayores?— eran de esa clase que su amiga Kayla solía describir como «bomboncitos». A pesar de que ninguno de los dos fuera su tipo, pensó que era imposible no admirar sus cuerpos esbeltos

y musculosos, así como la gracia etérea con que se movían sobre la arena.

Especialmente el más alto, con el pelo de color castaño oscuro y la pulsera de macramé en la muñeca. Sin lugar a dudas, Kayla habría ido a por él —siempre le atraían los más altos— del mismo modo que la rubia despampanante embutida en un bikini y situada al otro lado de la pista también iba a por él; era algo obvio. Ronnie se fijó en ella y en su amiguita desde el principio. Ambas eran delgadas y atractivas, con unos dientes increíblemente blancos, y era evidente que estaban acostumbradas a ser el centro de atención y a que los chicos revolotearan a su alrededor. Se mantenían alejadas del resto de la concurrencia y animaban a los chicos con una destacada elegancia, probablemente porque de ese modo podían ondear sus mechas al viento con estilo. Podrían haber sido perfectamente unas vallas publicitarias que proclamaran que no había nada de malo en admirarlas a distancia, pero sin acercarse. No las conocía de nada, pero de entrada ya no le gustaron.

Centró su atención nuevamente en el partido en el instante en que los chicos monos se anotaban otro tanto. Y después otro. Y otro. No sabía cómo iba la puntuación general, pero obviamente ellos eran el mejor equipo. Y sin embargo, mientras seguía el juego con atención, empezó a desviar la vista hacia los otros dos chicos. No fue por su manía en fijarse siempre en los más desvalidos —lo cual era cierto—, sino más bien por el hecho de que la pareja ganadora le recordaba a los niños pijos que a veces conocía en las discotecas, los niñatos del Upper East Side que estudiaban en el colegio privado Dalton o en el Buckley y que pensaban que eran mejores que los demás simplemente porque sus papás eran agentes de bolsa. Había visto a suficientes especímenes de la denominada gente bien como para reconocer a uno de ellos a distancia, y se apostaba lo que fuera a que ese par constituía definitivamente parte de la gente bien de la localidad. Sus sospechas se vieron confirmadas después de marcar el siguiente punto, cuando el que formaba pareja con el muchacho de pelo castaño le guiñó el ojo a la rubia de piel bronceada, la muñequita Barbie, cuando le tocó el turno

de sacar. Obviamente, en aquel pueblo, la gente bien se conocía entre sí.

¿Por qué aquello no la sorprendía?

De repente, perdió el interés por el partido, y se dio la vuelta para marcharse justo en el momento en que otro saque pasó por encima de la red. Apenas oyó que alguien gritaba mientras el equipo adversario devolvía el balón. Antes de que hubiera dado un par de pasos, la gente a su alrededor empezó a darse empujones y le hicieron perder el equilibrio por tan sólo un instante.

Un instante que se prolongó demasiado.

Tuvo tiempo de darse la vuelta para ver a uno de los jugadores que corría hacia ella a toda velocidad, con la cabeza bien alzada para no perder de vista la caprichosa pelota. No tuvo tiempo de reaccionar antes de que el chico chocara contra ella. Notó que la agarraba por los hombros en un intento simultáneo de detener la fuerte embestida y evitar que ella cayera al suelo. Notó que su propio brazo se movilizaba para detener el impacto y vio casi con fascinación, como en cámara lenta, que la tapa de plástico del vaso que sostenía salía disparada y que la limonada que contenía formaba un arco en el aire antes de salpicarle la cara y la camiseta.

Y entonces, súbitamente, todo se detuvo. Cerca de su cara, vio al jugador de pelo castaño mirándola con los ojos abiertos como un par de naranjas a causa del susto.

—¿Estás bien? —le preguntó, jadeando.

Ronnie podía notar las gotas de limonada resbalándole por la cara y empapándole la camiseta. A duras penas oyó las carcajadas de alguien entre la multitud. ¿Y por qué no se iban a reír? El día no había tenido desperdicio. No, señor.

—Estoy bien —espetó.

—¿Seguro? —El chico seguía jadeando. A juzgar por las apariencias, parecía genuinamente arrepentido—. Te he embestido con mucha fuerza.

—Suéltame de una vez —ladró ella, apretando los dientes.

Por lo visto, él no se había dado cuenta de que seguía clavándole los dedos crispados como garras en los hombros;

apartó las manos al instante y Ronnie notó la relajación de sus músculos. El chico retrocedió un paso con celeridad y automáticamente se llevó la mano a la pulsera. La hizo rotar casi inconscientemente.

—Lo siento mucho. De veras. Estaba persiguiendo el balón y...

—Ya sé lo que estabas haciendo —lo atajó ella—. Pero he sobrevivido, así que ya está, déjame en paz.

Acto seguido, se dio la vuelta con la intención de alejarse rápidamente de aquel lugar. A su espalda, oyó que alguien gritaba: «¡Vamos, Will! ¡Tenemos que acabar el partido!», y mientras se abría paso entre la multitud, notó que él la continuaba observando hasta que finalmente la perdió de vista.

Su camiseta no estaba como para tirarla, pero eso no hizo que se sintiera mucho mejor. Le gustaba aquella camiseta; se la había comprado el año pasado en el concierto de Fall Out Boy, al que había ido de extranjis con Rick. Aquella vez sí que su madre se había enfadado de verdad, y no sólo porque Rick llevara un tatuaje de una tela de araña en el cuello y más *piercings* en las orejas que Kayla —¡que ya era decir!—, sino porque ella le mintió sobre adónde iba, y no llegó a casa hasta la tarde siguiente, ya que decidieron acabar la juerga en casa del hermano de Rick, en Filadelfia. Su madre le prohibió volver a ver o incluso hablar con Rick, una norma que ella se saltó justo al día siguiente.

No era que estuviera colada por ese chico; con toda franqueza, ni siquiera le gustaba. Pero estaba enfadada con su madre, y en aquel momento le pareció una provocación correcta. Cuando llegó a casa de Rick, se lo encontró de nuevo borracho como una cuba, como en el concierto. Se dio cuenta de que si continuaba saliendo con él, el chico seguiría insistiendo para que probara todo lo que él tomaba, igual que había hecho la noche anterior. Ronnie se quedó sólo unos minutos en su casa antes de enfilarse hacia Union Square, donde pasó el resto de la tarde, con la certeza de que lo suyo con Rick había terminado.

No era tan ingenua con las drogas. Algunos de sus amigos fumaban maría, otros preferían tomar cocaína o éxtasis, e incluso uno de ellos tenía la desagradable costumbre de tomar *crystal meth*. Todos excepto ella se ponían de alcohol hasta las cejas cada fin de semana. En cada discoteca y en cada fiesta le ofrecían toda esa basura abiertamente. Sin embargo, Ronnie tenía la impresión de que siempre que sus amigos fumaban, bebían o se atiborraban de píldoras que, según ellos, constituían la esencia de la juerga, se pasaban el resto de la noche articulando mal las palabras o tartamudeando o vomitando o perdiendo completamente el control hasta cometer verdaderas estupideces. Algo que normalmente implicaba acabar liada con un tío.

40

Ronnie no quería acabar de ese modo. No después de lo que le había sucedido a Kayla el invierno pasado. Alguien —Kayla no llegó a saber quién había sido el gracioso— le echó un poco de GHB en la bebida, y a pesar de que apenas recordaba nada de lo que sucedió a continuación, estaba prácticamente segura de que había acabado en una habitación con tres chicos que acababa de conocer aquella misma noche. Cuando se despertó a la mañana siguiente, toda su ropa estaba esparcida por la habitación. Kayla nunca volvió a hablar de lo ocurrido —prefirió fingir que nunca había pasado, e incluso se arrepintió de habérselo contado a Ronnie—, pero no resultaba difícil atar cabos.

Cuando llegó al muelle, depositó en el suelo su vaso medio vacío y empezó a restregarse la camiseta con una servilleta mojada. El método parecía funcionar, pero de repente la servilleta empezó a desintegrarse hasta formar unas partículas que parecían caspa.

Genial.

¿Por qué ese niño había tenido que chocar precisamente con ella? Ronnie sólo había estado allí..., ¿cuánto?, ¿diez minutos? ¿Cuántas probabilidades había de girarse en el preciso instante en que el balón llegara volando directamente hacia ella? ¿Y que encima estuviera sosteniendo una limonada en medio de una multitud en un partido de vóley-playa que ni si-

quiera le interesaba, en un lugar donde no quería estar? Hasta al cabo de un millón de años, probablemente no volvería a producirse la misma casualidad. Con una suerte como aquélla, debería haber comprado un billete de lotería.

Y encima estaba el niño mono, con el pelo castaño y los ojos pardos, que la había arrollado. De cerca, se había fijado en que no era simplemente «mono», sino muy atractivo, especialmente cuando puso aquella cara de... aspaviento. Aunque formara parte de aquella panda de gente superficial, en la milésima parte del segundo en que sus ojos se encontraron, Ronnie tuvo la extraña sensación de que había algo realmente genuino en él.

Sacudió la cabeza varias veces para alejar de la mente aquellos pensamientos tan ridículos. Era evidente que le había dado demasiado el sol en la cabeza. Con la impresión de haber hecho todo lo posible con la servilleta, recogió el vaso de limonada. Su intención era tirar el resto, pero al alargar el brazo notó que su muñeca topaba con algo, o mejor dicho, con alguien. Esta vez, nada pasó en cámara lenta; en un instante, el vaso le cayó encima y la parte de delante de la camiseta quedó totalmente empapada de la dichosa limonada.

Se quedó inmóvil, contemplando su camiseta sin dar crédito a lo que estaba viendo.

«No puede ser», se dijo a sí misma.

Delante de ella había una chica de su misma edad que sostenía un batido y que parecía tan sorprendida como ella. Iba vestida con prendas oscuras, y su pelo negro, recio y con unos rizos indomables le caía por ambos lados y enmarcaba su cara. Al igual que Kayla, llevaba como mínimo media docena de *piercings* en cada oreja. Resaltaban debido a un par de calaveras en miniatura que pendían de los lóbulos de sus orejas; la sombra de ojos oscura junto con la fuerte línea negra que demarcaba sus ojos le confería una apariencia casi felina. Mientras el resto de la limonada traspasaba la tela de la camiseta de Ronnie, la desconocida de aspecto gótico apuntó con su batido hacia la mancha que se extendía.

—Qué chungo —comentó.

—Sí, ¿verdad?

—Bueno, ahora, por lo menos, está igual que la parte de atrás.

—¿Encima intentas ser graciosa?

—No, sólo ingeniosa.

—Entonces deberías haber dicho algo como «¿Por qué no usas un babero?».

La chica se echó a reír, con una risita desconcertantemente infantil.

—No eres de aquí, ¿verdad?

—No. Soy de Nueva York. He venido a ver a mi padre.

—¿Te quedas el fin de semana?

—Qué va. Todo el verano.

—Eso sí que es chungo.

Esta vez, fue Ronnie la que se echó a reír.

—Soy Ronnie, que es una forma abreviada de Veronica.

—Y yo Blaze.

—¿Blaze?

42 —Mi verdadero nombre es Galadriel. Es de *El señor de los anillos*. ¡Cosas de mi madre!

—Bueno, al menos no te puso Gollum.

—Ni Ronnie. —La muchacha ladeó la cabeza y apuntó con ella por encima de su hombro—. Si quieres cambiarte y ponerte algo seco, en la caseta tengo camisetas de Nemo.

—¿Nemo?

—Sí, Nemo. El pececito de la película; ese de color naranja y blanco que tiene una aleta atrofiada. ¿No has visto la peli? Se queda atrapado en una pecera y su padre va a salvarlo. ¿No te suena?

—Mira, no quiero una camiseta de Nemo.

—¿Pero si Nemo mola!

—Quizá si tienes seis años —replicó Ronnie.

—¡Bah! ¡Haz lo que quieras!

Antes de que Ronnie pudiera responder, vio de soslayo a tres chicos que se abrían paso entre la multitud. Con esos pantalones cortos rotos, los tatuajes y el pecho al descubierto que emergía por debajo de unas voluminosas cazadoras de piel,

destacaban entre toda la gente que ocupaba la playa. Uno tenía un *piercing* en la ceja y llevaba uno de esos viejos estéreos portátiles; otro iba con el pelo teñido, peinado con una cresta, y los brazos totalmente cubiertos con tatuajes. El tercero, igual que Blaze, llevaba una mata alborotada de pelo largo y negro que contrastaba con su piel blanca como la leche. Ronnie se giró instintivamente hacia Blaze, y entonces se dio cuenta de que su interlocutora había desaparecido. En su lugar encontró a Jonah.

—¿Qué tienes en la camiseta? ¡Qué asco! Estás toda pegajosa.

Ronnie buscó a Blaze, preguntándose dónde se había metido. Y por qué había desaparecido tan sigilosamente.

—Mira, déjame en paz, ¿vale?

—No puedo. Papá te está buscando. Creo que quiere que vayas a casa.

—¿Dónde está?

—Tenía que ir al baño, pero no tardará en volver.

—Dile que no me has visto.

Jonah consideró la petición.

—Cinco pavos.

—¿Qué?

—Si me das cinco pavos no le diré que te he visto.

—¿Hablas en serio?

—No te queda mucho tiempo. Ahora ya no son cinco, sino diez pavos.

Por encima del hombro de Jonah, Ronnie avistó a su padre. La estaba buscando entre la multitud. Instintivamente bajó la cabeza para esconderla entre los hombros, aunque sabía que no conseguiría escabullirse sin que él la viera. Miró a su hermano con cara de pocos amigos. Maldito chantajista. Seguramente él también se había dado cuenta de que no tenía escapatoria. Jonah era un encanto; lo adoraba y también respetaba su habilidad de chantajista, pero, sin embargo, era su hermano pequeño. En un mundo perfecto, él estaría de su parte. Pero ¿lo estaba? Por supuesto que no.

—Te odio, ¿lo sabías? —gruñó ella.

—Ya, y yo también te odio. Pero todavía te costará diez pavos.

—¿Y si te doy cinco?

—Has perdido la oportunidad. Pero te juro que no ventilaré tu secreto.

Su padre todavía no los había visto, pero cada vez se acercaba más.

—Vale —refunfuñó ella, rebuscando en los bolsillos.

Le entregó un billete arrugado y Jonah se lo guardó. Mirando por encima del hombro de su hermano, Ronnie vio que su padre avanzaba hacia ellos, barriendo la zona con los ojos. Agachada, se deslizó hasta el otro lado de la caseta. Se sorprendió al ver a Blaze, recostada en la pared de la caseta, fumando un cigarrillo.

La gótica le sonrió socarronamente.

—¿Qué? ¿Problemas con tu papá?

—¿Cómo puedo largarme de aquí sin que me vea?

—Eso es cosa tuya. —Blaze se encogió de hombros—. Pero él sabe qué camiseta llevas.

Una hora más tarde, Ronnie estaba sentada al lado de Blaze en uno de los bancos situados al final del muelle, todavía aburrida, aunque no tanto como lo había estado antes. Blaze resultó alguien agradable con quien charlar, con un chocante sentido del humor, y lo mejor de todo: parecía que le gustaba Nueva York tanto como a Ronnie, a pesar de que nunca había estado. La atosigó con las típicas preguntas sobre Times Square, el Empire State y la Estatua de la Libertad —los cebos para turistas que ella intentaba evitar a toda costa—. Así pues, le describió la verdadera Nueva York: las discotecas en Chelsea, el ambiente musical en Brooklyn y los vendedores ambulantes en Chinatown, que vendían desde licor de contrabando hasta bolsos falsos de Prada o cualquier cosa que uno pudiera imaginar, y todo a un precio de risa.

Al hablar de aquellos sitios, Ronnie sintió una repentina nostalgia. Cómo deseaba estar en Nueva York, en lugar de en aquel maldito lugar. En cualquier lugar menos allí.

—A mí tampoco me habría hecho gracia venir aquí —admitió Blaze—. Créeme. Es un sitio muy aburrido.

—¿Cuánto tiempo hace que vives aquí?

—Desde que nació. Pero al menos visto mejor que la mayoría.

Ronnie había comprado la ridícula camiseta de Nemo, consciente de su pinta fachosa. La única talla que quedaba en la caseta era una súper grande, por lo que parecía que llevaba más una túnica que una camiseta. Lo único positivo era que, al ponérsela, Ronnie había podido escapar de su padre sin que éste la viera. Blaze no se había equivocado.

—Alguien me dijo que Nemo molaba.

—Pues te mintió. ¿Y se puede saber qué hacemos aquí todavía? Mi padre ya debe haberse marchado.

Blaze se giró para mirarla.

—¿Por qué? ¿Es que quieres volver a la feria? No me digas que quieres ir a la casa del terror.

—No, pero seguro que hay algo que valga la pena.

—Aún es temprano. Más tarde sí que se animará la cosa. De momento, lo único que podemos hacer es esperar.

—¿A qué?

Blaze no contestó. En lugar de eso, se levantó, le dio la espalda y se puso a contemplar el agua de color azabache. Su pelo se mecía con la brisa. Instantes después, alzó la vista para mirar la luna.

—Te había visto antes, ¿sabes?

—¿Cuándo?

—En el partido de vóley-playa. —Señaló hacia el muelle—. Yo estaba allí de pie.

—¿Y?

—Parecías totalmente fuera de lugar.

—Pues tú tampoco es que encajes en ese ambiente.

—Por eso estaba en el muelle, y no cerca de la pista. —De un saltito, se sentó en la barandilla. Luego miró a Ronnie—. Ya sé que no quieres estar aquí, pero ¿qué es lo que te ha hecho tu padre para que no quieras ni hablar con él?

Ronnie se secó las palmas de las manos en los pantalones.

—Es una larga historia.

—¿Vive con su novia?

—No creo que tenga novia. ¿Por qué?

—Pues entonces tienes mucha suerte.

—¿De qué estás hablando?

—Mi padre vive con su novia. Es la tercera desde que se divorció de mi madre, y ésta es la peor de todas. Sólo tiene unos años más que yo, y se viste como una bailarina de *striptease*. La verdad es que creo que antes trabajaba en un espectáculo de éstos. Se me revuelve el estómago cada vez que tengo que ir a visitarlos. Es como si ella no supiera qué hacer cuando estoy cerca. Primero intenta darme consejos como si fuera mi madre, y a continuación se comporta como si intentara ser mi mejor amiga. La odio.

—¿Y vives con tu madre?

—Sí. Pero ahora ella también tiene novio, y él está en casa todo el tiempo. Y también es un desgraciado. Lleva ese tupé tan ridículo porque se quedó calvo a los veinte años, más o menos, y no para de insistir en que he de ir a estudiar a la universidad. ¡Como si me importara lo que él pueda pensar de mí! ¡Qué asco de vida! ¿No crees?

Antes de que Ronnie pudiera contestar, Blaze volvió a saltar al suelo.

—¡Vamos! Me parece que están a punto de empezar. No puedes perdértelo.

Ronnie la siguió de nuevo hasta el muelle, hacia una multitud que se había congregado alrededor de lo que parecía un espectáculo en plena calle. Sorprendida, descubrió que los que actuaban no eran otros que los tres chicos con pinta de gamberros que había visto antes. Dos de ellos estaban bailando *break-dance*, al ritmo de una música que retumbaba en el estéreo portátil; el tercero —el chico con el pelo negro y largo— estaba de pie en el centro, haciendo juegos malabares con lo que parecían unas pelotas de golf en llamas. De vez en cuando, se detenía y simplemente sostenía una de las pelotas, la hacía rotar entre sus dedos y se la pasaba por encima de la mano o por todo el brazo hasta pasársela al otro brazo. En dos ocasiones cerró el puño sobre la bola de fuego; entonces, prácticamente extinguía la llama,

pero entonces abría un poco la mano y dejaba escapar las llamas por la angosta abertura cerca de su dedo pulgar.

—¿Lo conoces? —quiso saber Ronnie.

Blaze asintió con la cabeza.

—Es Marcus.

—¿Lleva alguna capa protectora para no quemarse las manos?

—No.

—¿Y no se hace daño?

—Si sabes coger bien la pelota, no pasa nada. Es increíble, ¿no te parece?

Ronnie no pudo más que mostrarse conforme. Marcus apagó dos de las pelotas y después volvió a encenderlas tocándolas simplemente con la tercera. En el suelo había una chistera de mago boca arriba, y Ronnie vio que la gente empezaba a tirar algunas monedas dentro.

—¿Dónde consigues esas bolas para el espectáculo? No son pelotas de golf normales y corrientes, ¿verdad?

Blaze negó con la cabeza.

—Se las fabrica él mismo. Puedo enseñarte a hacerlo. No es difícil. Lo único que necesitas es una camiseta de algodón, hilo y aguja, y un líquido inflamable.

Mientras la música seguía tronando, Marcus lanzó las tres bolas de fuego al chico que tenía la cresta de pelo teñida y encendió dos más. Ambos se pusieron a hacer juegos malabares, pasándose las pelotas como si fueran dos malabaristas que jugaran con varios bolos en una actuación circense, cada vez más rápido, hasta que cometieron un fallo.

Aunque en realidad no fue un fallo. El chico con el *piercing* en la ceja atrapó la bola al vuelo imitando a un guardameta, y empezó a jugar con ella pasándosela de un pie al otro como si no fuera otra cosa que una pequeña pelota de cuero. Después de apagar tres bolas, los otros dos se pusieron también a imitar a su compañero, dando puntapiés a las bolas y pasándoselas entre ellos con una extraordinaria destreza, sin que cayeran al suelo. La multitud empezó a aplaudir, y una lluvia de monedas fue a parar dentro del sombrero mientras la música alcanzaba

su punto culminante. Entonces, de repente, el trío atrapó las danzarinas bolas en llamas y las apagó simultáneamente justo en el instante en que la canción tocaba a su fin.

Ronnie tuvo que admitir que nunca había visto nada similar. Marcus avanzó hacia Blaze, la abrazó y le dio un inacabable beso en la boca que parecía extremadamente inapropiado en público. Abrió los ojos lentamente y miró sin parpadear a Ronnie antes de apartar a Blaze de un empujón.

—¿Quién es? —preguntó, señalando a Ronnie.

—Se llama Ronnie —la presentó Blaze—. Es de Nueva York. Acabo de conocerla.

El de la cresta y el del *piercing* en la ceja se unieron a Marcus y a Blaze en su descarado escrutinio; era una situación de lo más incómoda.

—De Nueva York, ¿eh? —repitió Marcus, al tiempo que sacaba un encendedor del bolsillo y prendía una de las bolas. Sostuvo la bola encendida totalmente inmóvil, entre los dedos pulgar e índice.

48

Ronnie volvió a preguntarse cómo podía hacer eso sin quemarse.

—¿Te gusta el fuego? —le preguntó él.

Sin esperar su respuesta, le lanzó la bola. Ronnie se apartó dando un brinco, demasiado sobresaltada para responder. La bola fue a caer a su lado, justo en el momento en que, como surgido de la nada, un policía se precipitaba sobre la bola y se ponía a pisotearla frenéticamente.

—¡Vosotros tres! —gritó, apuntándolos con un dedo acusador—. ¡Largo! ¡Ahora mismo! Ya os he dicho que no podéis montar vuestro numerito en el muelle. La próxima vez, os juro que os arrestaré.

Marcus alzó las manos y retrocedió un paso.

—Vale, vale. Ya nos íbamos.

Los chicos agarraron sus cazadoras y empezaron a desfilar por el muelle, hacia las atracciones de la feria. Blaze los siguió, dejando sola a Ronnie, que podía notar la aplastante y severa mirada del policía, pero lo ignoró. Tras vacilar unos instantes, decidió seguirlos.

**E**staba seguro de que los seguiría. Siempre lo hacían. Especialmente las recién llegadas al pueblo. Así funcionaban las cosas con las chicas: cuanto peor las trataba, más le deseaban. Eran idiotas. Predecibles e idiotas.

Se apoyó en la rocalla del exterior del hotel. Blaze le pasó los brazos por el cuello. Ronnie estaba sentada en uno de los bancos frente a ellos; a su lado, Teddy y Lance se dedicaban a balbucear piropos a las chicas que pasaban, en un intento de captar su atención. Estaban totalmente borrachos, ahítos de cerveza —ya lo estaban antes de empezar el espectáculo—; como de costumbre, las únicas chicas que les prestaban atención eran las feas. La mitad del tiempo, Marcus tampoco prestaba atención a ese par de botarates.

Mientras tanto, Blaze le estaba besuqueando el cuello, pero él tampoco le prestaba atención. Estaba harto de cómo se pegaba a él como una lapa cuando estaban en público. Estaba harto de ella en general. Si no fuera una máquina en la cama, si no supiera hacer todas aquellas cosas que lo volvían loco, ya haría tiempo que la habría plantado por una de las otras tres, cuatro o cinco chicas con las que se acostaba. Pero en ese momento tampoco pensaba en ellas. Observó a Ronnie, y le gustó el mechón lila en su pelo, su pequeño cuerpo enjuto y el efecto brillante de su sombra de ojos. Destilaba cierto estilo, de pequeña furcia —eso sí, de categoría—, a pesar de la camiseta tan ridícula que llevaba. Le atraía esa clase de chicas. Sí, le atraía mucho, muchísimo.

Le dio un empujón en las caderas a Blaze para sacársela de encima. Cómo deseaba que esa pesada lo dejara en paz.

—Anda, ve a buscarme una ración de patatas fritas —le ordenó—. Tengo hambre.

Blaze se apartó.

—Sólo me quedan un par de dólares —dijo en tono quejica.

—¿Y qué? ¡Tienes de sobra! ¡Y no te las comas por el camino! ¿Entendido?

Hablaba en serio. A Blaze se le estaba poniendo cara de pan y le estaba saliendo barriga. No le sorprendía, teniendo en cuenta que últimamente bebía casi tanta cerveza como Teddy y Lance.

Blaze montó un numerito con una serie de muecas y caritas de pena, pero Marcus se la quitó de encima y al final ella se alejó en dirección hacia una de las casetas donde vendían comida. Marcus vio que se ponía a hacer cola; delante de ella debía de haber seis o siete personas y, sin perder ni un segundo, él decidió sentarse al lado de Ronnie. Cerca, aunque no demasiado cerca. Blaze era muy celosa, y no quería que espantara a Ronnie antes de que tuviera la oportunidad de conocerla.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó.

—¿El qué?

—El espectáculo. ¿Habías visto algo parecido en Nueva York?

—No —admitió ella—. Nunca.

—¿Dónde te alojas?

—En la playa. Un poco más abajo.

Por la forma en que había contestado, Marcus dedujo que se sentía incómoda, probablemente porque Blaze no estaba allí.

—Blaze me ha contado que pasas de tu padre.

Como única respuesta, Ronnie se limitó a encogerse de hombros.

—¿Qué? ¿No quieres hablar de eso?

—No hay nada de que hablar.

Él se recostó en el banco.

—O a lo mejor es que no te fías de mí.

—¿Qué dices?

—Se lo has contado a Blaze, pero no a mí.

—Es que no te conozco.

—Ya, pero tampoco conoces a Blaze; os acabáis de conocer.

A Ronnie no le gustaba en absoluto aquella clase de argumentos provocadores, ni tampoco que él intentara meter las narices en sus asuntos. Pero para evitar conflictos, le contestó con la misma respuesta recurrente que utilizaba desde que se enteró de que iba a ir a ver a su padre:

—No me apetecía hablar con él, ¿vale? Y tampoco me apetece pasar el verano aquí.

Él se apartó el mechón que le cubría los ojos.

—Pues vete.

—Ya, como si fuera tan fácil. ¿Y adónde voy a ir?

—A Florida.

Ronnie pestañeó.

—¿Qué?

—Conozco un tipo que tiene un apartamento allí, en las afueras de Tampa. Si quieres, puedo llevarte. Podríamos quedarnos tanto tiempo como quisieras. Tengo el coche ahí aparcado.

Ella abrió la boca, más por la consternación que por el deseo de contestar. No sabía qué decir. La idea en sí era tan absurda..., igual que el hecho de que él se lo acabara de proponer.

—No puedo irme a Florida contigo. Te... acabo de conocer. ¿Y qué pasa con Blaze?

—¿Qué pasa con ella?

—Sales con ella, ¿no?

—¿Y qué? —replicó con el semblante inmutable.

—Estás como una cabra. —Ronnie sacudió la cabeza y se puso de pie—. Voy a hacerle compañía a Blaze.

Marcus buscó en el bolsillo una bola de fuego.

—Vamos, tía, que sólo estaba bromeando.

Aunque la verdad era que no estaba bromeando. Se lo había propuesto por la misma razón por la que le había lanzado la bola de fuego antes. Para ver hasta dónde podía llegar con Blaze.

—Ya, vale, de acuerdo. De todos modos, prefiero ir con ella.

Marcus la observó mientras se alejaba. A pesar de que ad-

miraba aquel cuerpecito de dinamita pura, no sabía por dónde iban los tiros con esa chica. Su apariencia no dejaba lugar a dudas, aunque, a diferencia de Blaze, no fumaba ni mostraba ningún interés en la juerga, y tenía la impresión de que había más de lo que ella le estaba dejando entrever. Se preguntó si sería una niña rica. Tenía sentido, ¿no? Un apartamento en Nueva York, una casita en la playa... Su familia debía de tener pasta gansa para permitirse ese ritmo de vida. Pero, por otro lado, era más que evidente que no encajaba con la gente rica de aquel lugar, por lo menos, la que él conocía. Así que... ¿Cómo era, realmente? ¿Y por qué quería saberlo?

Porque no soportaba a los ricos, no soportaba su ostentación, y tampoco que se creyeran superiores a los demás por el simple hecho de tener dinero. Un día, antes de abandonar los estudios, oyó que un niño pijo en el instituto se jactaba de la nueva barca que le habían regalado para su cumpleaños. No era una tabla flotante, no; era una Boston Whaler de más de seis metros de eslora, con GPS y sónar, y el muy memo no paraba de fanfarronear sobre cómo pensaba salir a navegar cada día de verano y atracar en el club marítimo.

52

Tres días más tarde, Marcus le prendió fuego a la barca y contempló cómo se quemaba desde detrás del magnolio en el hoyo 16.

Siempre le habían gustado los incendios. Le gustaba el caos que originaban. Le gustaba su implacable poder de destrucción; la forma en que arrasaban y consumían todo lo que se ponía a su paso.

No le había contado a nadie que había sido él, por supuesto. Contárselo a alguien suponía lo mismo que confesárselo a la Policía. Y a Teddy y a Lance aún menos: sólo era necesario encerrarlos en una celda para que se desmoronaran y se pusieran a cantar tan pronto como la puerta se cerrara tras ellos. Por eso precisamente insistía en que últimamente hicieran todo el trabajo sucio. La mejor manera de evitar que hablaran más de la cuenta era asegurándose de que se sentían más culpables que él. Últimamente, eran ellos los que robaban la cerveza, los que le habían dado la paliza a aquel tipo calvo en el aeropuerto hasta

dejarlo inconsciente antes de robarle la cartera, los que habían pintado las esvásticas en la sinagoga. No se fiaba de ellos, ni tampoco sentía ningún afecto por esos chicos, pero ese par siempre se mostraba dispuesto a secundarlo en sus planes. De momento, le eran útiles.

Detrás de él, Teddy y Lance continuaban actuando como el par de idiotas que eran; ahora que Ronnie se había marchado, Marcus se empezó a poner nervioso. No tenía ninguna intención de pasarse el resto de la noche allí sentado, sin hacer nada. Cuando Blaze regresara, después de comerse las patatas fritas, se iría a merodear por ahí. A ver qué encontraba. Nunca se sabía con qué se podía topar uno en un lugar como aquél, en una noche como aquélla, entre una multitud como ésa. De una cosa estaba seguro: después del espectáculo, siempre necesitaba un poco de acción, algo... «más».

Dirigió la vista hacia la caseta de comida y vio que Blaze ya estaba pagando las patatas fritas, con la otra chica a su lado. Observó a Ronnie, deseando que se girara y lo mirase; al cabo de un momento, lo hizo. No durante mucho rato, sólo para echarle un rápido vistazo, pero bastó para que él se preguntara de nuevo cómo se comportaría en la cama.

Pensó que probablemente sería una fierecilla. La mayoría lo eran, si se las estimulaba adecuadamente.